

La crisis y su impacto en el empleo

Julio C. Gambina*

1. Introducción

Cuando se menciona la palabra “crisis”, no todos aluden al mismo fenómeno. Y convengamos que en estos tiempos es una categoría ampliamente utilizada. Pero no siempre en un mismo sentido o con idéntico significado. Se habla de crisis asiática, rusa o global en relación a su generalizado impacto, pero también se pretende restringirla a los movimientos bursátiles o ampliarla al ámbito de las finanzas, o incluso al conjunto de la economía. A veces se considera el ciclo de corto plazo o coyuntural, y en otras oportunidades el ciclo largo o estructural. Esos diferentes sentidos pueden llevar a conclusiones divergentes.

Por ejemplo, siguiendo uno de los indicadores que cotidianamente comenta la prensa, aquél que mide el movimiento bursátil, y para hablar sólo de la Argentina, encontramos que el índice Merval reconoce un importante crecimiento entre octubre y mediados de noviembre de 1998, luego de una pronunciada caída desde fines de octubre de 1997. De los 300 puntos a los que se había reducido al 10 de octubre de 1998, un mes después el indicador alcanzaba los 400 puntos. Sin embargo, en el mismo lapso la crónica periodística informa de cesantías, suspensiones de trabajadores y disminuciones de horas extra o reducción de la jornada de trabajo en distintos ámbitos de la economía, particularmente en la industria, que han motivado reclamos al gobierno por parte de los empresarios del sector industrial. En la rama del automotor, se estima que las medidas tendientes a la disminución de la producción afectan a más de 10.000 empleados. El cierre de dos bancos en el mismo período redundó en más de un millar de trabajadores cesantes en la actividad bancaria.

Entonces, ¿cuál de ambas tendencias debe considerarse para evaluar una situación de crisis? Si quien contesta es un operador bursátil, dirá que “lo peor de la crisis ya ha pasado”, y que “los mercados tienden a normalizarse”. Desde otro ángulo, si se trata de un actor vinculado a la producción o los servicios, señalará que “ahora comienzan a visualizarse en la economía real los efectos de la crisis”. Ambos comentarios serán acertados, pero nada dirán de los efectos sociales que uno u otro dicho conlleva, y mucho menos en torno de las causas que motivan la crisis.

Si lo que venimos diciendo es motivo de diferentes enfoques u opiniones según sea el lugar que se ocupe en la economía, las diferencias se ahondan aún más cuando nos remitimos a la vulnerabilidad de los sujetos en función de la relación entre éstos y el origen de sus ingresos. Para ser más claros, no es lo mismo la capacidad de adecuación o reestructuración de su actividad que puede tener un empresario, que la que pueda tener un

trabajador. Situación que es particularmente grave con los elevados niveles de desempleo, subempleo y precariedad laboral que presenta la realidad del mercado de trabajo en la Argentina de la década de los '90.

La medición de octubre de 1998 de la tasa de desempleo, aún con la disminución registrada al 12,4%, representa un freno a la tendencia decreciente que se venía operando desde el pico en 18,4% de mayo del '95, registro derivado de la crisis desatada con la devaluación del peso mexicano en diciembre del '94. Debe considerarse que los suspendidos no son considerados desempleados por el Instituto de Estadísticas y Censos (Indec), en tanto no se ha cortado la relación laboral. Nadie duda en asimilar el registro actual al efecto 'desaliento' que generan las dificultades para conseguir trabajo y, en sentido estructural, a la caída del nivel de actividad económica derivado de dos singularidades. Por un lado, en especificidades nacionales del funcionamiento económico, el cual se encuentra encorsetado por el mecanismo de convertibilidad que fija la paridad cambiaria en un peso por dólar. Por otro lado, inciden los efectos de las situaciones de crisis en Asia y Rusia de los últimos meses, siendo previsible el incremento del desempleo en el corto plazo ante los pronósticos de recesión y agravamiento de la situación en el Brasil.

Ni siquiera en el propio gobierno se confía en la pauta de crecimiento del 4,8% del PBI incluida en el Presupuesto 1999 aprobado a comienzos de diciembre de 1998, en el mismo momento que una misión del FMI discutía esa previsión para inducir una rebaja. Los cálculos más optimistas del crecimiento para el '99 oscilan entre el 2,5% y el 3%, y los más pesimistas anticipan una regresión, particularmente ante el estallido de la anunciada crisis brasileña. Es claro entonces que la situación de crisis económica afecta de forma diferente a los diversos actores sociales, siendo regresiva para los sectores populares y muy especialmente para los trabajadores.

Debe observarse en el Cuadro 1 que el mantenimiento del registro de desocupación para agosto de 1998, con relación a la onda anterior, se produce como consecuencia de una baja en las tasas de actividad y de empleo, que estaba indicando el comienzo de un ciclo recesivo. Más graves aún son los datos del desempleo, que verifican un crecimiento sin mengua. Puede decirse que la disminución de la desocupación se transformó en subocupación, resultando éste uno de los datos que expresan la precariedad laboral que se viene consolidando en la Argentina. Hay que observar que la diferencia entre el pico de la tasa de desempleo (18.4) y el registro de agosto de 1998 (13.2), promedian 5.2 puntos, mientras que en la sumatoria de desempleo y subempleo, sólo promedian 3.4 puntos entre el pico (octubre del '96) y agosto del '98, como resultado del mayor nivel de subocupación expresado en el período, situación que se valida en las dos categorías en que se subdivide el registro (demandantes y no demandantes).

2. La crisis en el ciclo largo

El presente análisis debe enmarcarse en las constantes verificadas en un ciclo de más de dos décadas de crisis, ajuste y reestructuración de la economía, el estado y la sociedad. Son constantes a considerar como resultado de la conflictividad y las modificaciones del orden social resultante en el período.

Las manifestaciones actuales de la crisis remiten a la irresolución de las dificultades surgidas en los años setenta. Aquellos problemas que representaban caídas de la tasa de ganancia y trabas a la acumulación de capitales, los elementos constitutivos de la crisis, se pretendieron resolver con un cambio de las reglas de juego. Se trataba de barajar y dar de nuevo como forma de superar la crisis. El viejo orden económico estructurado a la salida de las dos guerras mundiales, mediadas por la crisis del '30, ya no cumplía su función, se expresaba como crisis de rentabilidad, y por ello se requería su transformación en un "nuevo orden" del capitalismo.

Lo dicho vale en el nivel mundial y tiene expresión también en nuestro país. En efecto, los primeros años de la década del setenta transcurren ante un conflicto social explícito que discutía la distribución de la renta

nacional, pero sobre todo cuál debería ser el proyecto político ordenador de la sociedad argentina. La “solución”, si se la puede llamar así, estuvo por fuera de los mercados. Una despiadada reacción violenta, surgida de la alianza entre los grandes capitales locales y extranjeros junto a la jerarquía militar y el poder de las armas, constituyó el mecanismo extra-económico que aseguró una tendencia al ajuste y la reestructuración regresiva. El terrorismo de Estado fue la condición necesaria para el cambio de reglas en la organización económica de la sociedad y su funcionamiento. El terror y el miedo son las categorías constitutivas del nuevo orden del capitalismo en la Argentina, y no el “mercado”, como algunos sugieren.

Pero, ¿llegó a su fin aquel proceso de cambios a que aludimos, o la sociedad contemporánea, tanto local como global, atraviesa todavía un período de transición que posterga la salida de la crisis? A más de 20 años de las visibles transformaciones del orden económico nacional y mundial, y reconociendo recurrentes ciclos críticos, como los del '82 ante la imposibilidad de pago del endeudamiento externo mexicano, o la fuerte caída de la bolsa neoyorquina, o más recientemente los fenómenos del tequila '94 y Asia '97 o Rusia '98, queda clara la continuidad de un ciclo que recrea crisis y con ellas las demandas por una reestructuración integral. Reestructuración que pasa centralmente por recuperar parte de la renta empresaria cedida durante años a los trabajadores y a la sociedad como salario o tributos.

¿Por qué la reestructuración? Es que el orden social construido en los primeros tres cuartos del siglo resultó un “acuerdo” trabajosamente consensuado, que instituyó por un lado un tipo de contrato entre el trabajo y el capital, y por el otro, un remedo de Estado benefactor. Es cierto que la expresión que remite al Estado de bienestar tiene sus límites, y que es un término válido en toda su dimensión para la realidad europea occidental, pero que hacemos extensivo a un proceso global. Prácticamente no existe Estado que no haya asumido un mayor papel tanto en la producción y distribución de bienes y servicios como en la regulación de la dinámica de acumulación económica de la sociedad, junto a la asunción de parte de la seguridad y previsión social. Y más allá de los matices nacionales, la sindicalización de los trabajadores y la emergencia y desarrollo del derecho protector del trabajo, ambos son fenómenos que constituyeron también una constante en la forma en que asume la relación entre trabajadores y patrones en las empresas.

Ambos fenómenos, el Estado benefactor y la sindicalización de los trabajadores, fueron achicando la cuota de ganancia empresaria y determinaron la crisis de rentabilidad que motivó el ataque al salario y la búsqueda de la reprivatización de la economía. Se trataba de recuperar un territorio cedido desde la emergencia de un poder alternativo al capitalista, proceso materializado con la revolución rusa en 1917. El camino recorrido en los últimos años para superar la crisis de rentabilidad aludida se define en el escenario político, que en definitiva marca las condiciones económicas en que operan los sujetos sociales.

Estamos sugiriendo que la mercantilización creciente de la vida social operada en los últimos años responde a una ofensiva política de carácter violento en Latinoamérica, y no a las leyes inmanentes del libre mercado. Por ello vamos a insistir en que el impacto regresivo de la crisis sobre los trabajadores es consecuencia de objetivos deliberados de política económica, y no el resultado de consecuencias “no queridas”.

Sucede que la concepción mayoritaria de estos años, resumida en el “neoliberalismo”, se instala como ensayo general en las dictaduras militares de Chile '73 y Argentina '76, para asentarse como revolución conservadora en países de punta como Inglaterra '79 y USA '80. Desde esa posición se discutirá el liderazgo mundial, para reestructurar el orden vigente en un proceso que representa a los años '80 como la década perdida para América Latina y el decenio que define la caída del socialismo en el este de Europa, pero también la cooptación de la socialdemocracia europea en el gobierno hacia las políticas privatistas y de ajuste estructural, las cuales desembocan en las inflexibilidades de Maastricht y el Euro.

Es la crisis y su desarrollo la que arma el complejo entramado histórico de estos años. Por eso, en los '90 la reestructuración incluye el mundo asiático. No sólo hay inversiones en el sudeste asiático y China entre los años '70 y '80, sino que también allí se procesa ahora la crisis de rentabilidad en escala global de un capital devenido transnacional. La acumulación de capitales en esa región, incluido Japón y su liderazgo zonal, contuvo una

dinámica asentada en elementos esenciales de la vieja matriz del desarrollo capitalista keynesiano: los capitales de origen local y el Estado nacional.

La nueva escena mundial, definida por el quiebre de la bipolaridad, apura las presiones políticas para la reestructuración asiática que hace eclosión en nuestros días. El resultado está representando un cambio de mano de las empresas, con un perfil de mayor concentración y centralización de capitales transnacionales en esa zona, siendo una de las consecuencias inmediatas la caída del ingreso de los trabajadores, y por primera vez en años el crecimiento del desempleo. Al mismo tiempo, se viene expresando como una renovada guerra entre el dólar, el yen y el recién estrenado euro.

Sostenemos que la crisis actual viene de arrastre y ha disparado iniciativas políticas de reestructuración regresiva del orden económico prevalente, intentando subordinar las relaciones de producción en cada lugar del planeta a una nueva dinámica de acumulación de capitales, la cual exige eliminar las trabas determinadas por las fronteras nacionales y evitar los recortes de las ganancias como consecuencia del poder de los trabajadores y el costo de sostenimiento de los Estados nacionales.

Es una estrategia costosa en varios sentidos, que no ha resuelto la crisis y que agrega en cada momento nuevos problemas e incertidumbres en torno del presente y el futuro. A modo de ejemplo se puede mencionar la transformación rusa, proceso que reconoce una complejidad importante y de resultado incierto, por combinar una potencia nuclear con miseria creciente entre su población. Pero podría contabilizarse también el costo económico que representa el rescate de cada proceso económico estallado en las llamadas crisis en el ciclo corto. En el '94 México demandó una asistencia financiera del orden de los 48.000 millones. En el sudeste asiático la cifra supera los 100.000 millones, y el paquete recientemente acordado por el FMI para el Brasil asciende a 41.500 millones. En otro orden, la unificación alemana demandó una inversión del área occidental estimada en 150.000 millones. En todos los casos mencionados se verifican resultados de deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población, con fuerte impacto entre los trabajadores.

2.1. Regresividad distributiva en el caso argentino

Los cambios ocurridos en la Argentina en los últimos 20 años son el resultado de cómo se dirimió la conflictividad social y política desarrollada a fines de los años '60 y comienzos de los '70, con eje en la reasignación de la renta nacional en desmedro de los ingresos de los sectores populares, particularmente del salario, y a favor de la ganancia, particularmente del sector más concentrado e inserto en la internacionalización de la producción y la transnacionalización del capital.

Desde los registros de la distribución del ingreso se puede verificar lo sostenido. Según vemos en el Cuadro 2, el 20% más rico de la población se apropiaba del 41% del ingreso para 1975, e incrementó su cuota hasta el 51,2% en 1997. Por su parte, el 10% más empobrecido bajó en la apropiación del ingreso del 3,1% al 1,6% en el mismo período.

Cuadro 2: Distribución del Ingreso

	1975	1997
20% más enriquecido	41%	51,2%
10% más empobrecido	3,1%	1,6%

Fuente: Indec

Según el BID (cuadro 3) la brecha entre el 10% más enriquecido y el 10% más pobre se agrandó desde 15 veces en 1991 hasta 24 veces en 1997. Datos del mismo “Informe sobre el progreso económico y social” del BID (cuadro 4) señalan que el 10% más rico reconoce casi 14 años de estudio para personas mayores de 25 años, mientras que entre el 30% más pobre el guarismo se reduce a menos de 8 años.

Cuadro 3

Diferencia de ingresos	1991	1997
10% más rico con relación al 10% más pobre	15 veces	24 veces

Fuente: BID

Cuadro 4

Años de estudio para personas mayores de 25 años

10% más rico	14
30% más pobre	8

Fuente: BID

La relación con 1991 tiene su importancia por ser ése el momento de consolidación de la política de reformas estructurales insinuadas desde mediados de los setenta, y por ser además el inicio de un ciclo de expansión del PBI en la Argentina. En la década del '90, el ciclo de mayor crecimiento de su PBI, el crecimiento ha tenido un ritmo promedio que hasta 1997 fue del 5,6%. Al mismo tiempo, tuvo un importante ingreso de capitales externos, que contrasta con lo acontecido en la década del '80, llamada por la Cepal y para toda América Latina “la década perdida” como consecuencia del saldo negativo de los flujos internacionales de capitales, la baja del crecimiento económico, el inusitado aumento de la deuda externa, y la fuga de capitales. En este período se reconocen fuertes ganancias entre las principales empresas, particularmente aquellas que fueron privatizadas.

Son guarismos que reflejan la desigualdad de oportunidades y un impacto socioeconómico diferenciado entre unos y otros. América Latina se ha transformado en la región más desigual del mundo, y Argentina, que sigue siendo uno de los países menos empobrecidos de la región, es dónde más creció el empobrecimiento en los últimos doce años. Desempleo, subempleo y sobretrabajo son parte integrante de este fenómeno de pauperización. Veamos (cuadro 5) algunos datos relativos a la zona de mayor concentración poblacional: Capital Federal y Gran Buenos Aires.

Cuadro 5

Sueldos promedio, según franjas del 10% de las personas ocupadas, para Capital Federal y Gran Buenos Aires

Ingresos a mayo 94	160	305	389	453	536	633	733	928	1.244	2.663
Ingresos a agosto 98	118	253	340	409	491	580	676	859	1.168	2.664
Variación porcentual 94/98	-26.2	-17.0	-12.6	-9.7	-8.4	-8.4	-7.8	-7.4	-6.1	0.1

Fuente: Encuesta permanente de hogares, Indec

Debe considerarse la pertinencia de la comparación, ya que mayo del '94 refleja el momento de mayor nivel de desempleo (18,4%), en plena crisis del tequila. La caída del desempleo a agosto del '98 (13,2%) ha tenido la contrapartida de una merma en los ingresos del 90% de empleados, profesionales y cuentapropistas. Sólo se mejoran los ingresos del 10% superior. Al mismo tiempo, debe notarse que el 50% percibe menos de 500 pesos, contra el 40% hace 4 años. Además, la línea de pobreza en nuestro país se fija por debajo de ese nivel, y la canasta alimentaria en torno de los 1.000 pesos. Se estima la canasta familiar en el orden de los 1.600. No hay duda de que la crisis se enfrentó con políticas económicas que deterioraron la economía de la mayoría de los sectores de ingresos fijos, agudizándose en la escala de menores ingresos.

2.2. Reformas estructurales

La reestructuración de la economía es parte de la reestructuración del estado y de la sociedad. El fenómeno se expresa como modificaciones en tres niveles de las relaciones sociales:

a) Las que se establecen entre los trabajadores y los empresarios, que se definen por la flexibilización laboral y salarial y constituyen parte de una tendencia para hacer más flexible la producción en su conjunto. El tema pasa por modificar el acuerdo logrado tras años de luchas desarrolladas al amparo de una sindicalización creciente hasta mediados de los '70. Esa sindicalización era parte de un proceso de constitución y desarrollo del poder de los trabajadores que afectó la rentabilidad de los capitales, es decir, su tasa de ganancia. Fragmentar ese poder de negociación fue el objetivo a lograr desde el rodriago (Junio de 1975), particularmente en tiempos de la dictadura (1976-1983), y afirmado en tiempos del menemismo (1989-1998). A su vez, el desempleo masivo actúa como chantaje para inducir el consenso de los trabajadores a políticas que promueven la reducción salarial y la precariedad del empleo, donde el trabajo en negro se estima en un 38% de la fuerza de trabajo con ingresos reducidos en un 40%. La eliminación sucesiva de conquistas laborales actúa como transferencia permanente de ingresos desde el salario a la ganancia.

b) Las que se derivan de las funciones del estado, donde las privatizaciones son el aspecto más visible. En realidad se trata de nuevas funciones asumidas en áreas que trascienden la economía y alcanzan a la salud, la educación, la previsión social, la seguridad o defensa, entre otras. Ello tiene que ver con el propio régimen político y la reorganización del poder federal, tanto del ejecutivo como del legislativo y el judicial. La reformas de las Constituciones Nacional o provinciales, tanto como la eliminación del servicio militar obligatorio o la reestructuración de las fuerzas de seguridad y defensa, deben inscribirse en este plano. Por eso se habla de reformas de primera generación, tales como las privatizaciones de empresas públicas, y de reformas de segunda generación, por ejemplo la reforma judicial o la desregulación de las obras sociales. No se trata,

como algunos plantean y suponen, de “menos Estado”, sino de otra funcionalidad de éste. Si miramos el presupuesto veremos un crecimiento de las partidas, pero donde se privilegian, entre otros gastos, los intereses del endeudamiento externo. Para 1999 se ha presupuestado una cifra similar a la de 1998, y sin embargo, junto al incremento previsto en intereses de la deuda pública se aumentan también los gastos de seguridad y defensa, lo que implica necesariamente una merma en otras partidas del gasto público social.

c) Las que resultan de las relaciones internacionales en el marco de una política de apertura importadora y con grandes facilidades para el movimiento internacional de capitales, como resultado de la cual existe un proceso de subsidio a la producción externa y de relativa desindustrialización, con cierres de plantas locales, mayoritariamente de Pymes, y a la vez una creciente venta de activos locales a capitales externos. El fenómeno se extiende al comercio, la banca y bienes inmobiliarios. Se trata de una estrategia donde los capitales buscan realizar rentabilidad en los mercados solventes, y para ello organizan mercados que superan la escala nacional y luego pretenden cercarlos a la competencia extra-regional, tal como el caso del Mercosur. Se verifica una tendencia del capital transnacional a fracturar cualquier estrategia proteccionista que no los incluya, generando a su vez múltiples contradicciones, como las que se verifican entre el Mercosur y el ALCA, o entre la estrategia norteamericana hacia Latinoamérica y la de Europa e incluso Japón hacia la región. En la Argentina la influencia de los organismos financieros internacionales y de los acreedores externos ha sido fundamental para incidir en la estrategia de inserción subordinada en las nuevas condiciones que resultan de la división internacional del trabajo en la actualidad.

Estos cambios fueron presentados como derivados de la forma de funcionamiento de los mercados. En rigor, fueron impulsados por mecanismos extra-económicos, particularmente el terrorismo de estado y otras estrategias generadoras del miedo social, tal como se expresa por estos días en el chantaje salarial por temor a la pérdida del empleo, o a la modificación de la paridad cambiaria y su impacto en el endeudamiento dolarizado de una parte de la población.

Reconocer el papel que juegan fenómenos que aparentan estar por fuera de la economía, tales como el miedo o la manipulación del consenso, no es un dato menor. Ambos procedimientos actuaron en el ciclo que venimos comentando, desde el '75 a la actualidad, para hacer realidad la reconversión de la economía, la política y la sociedad. Veamos por ejemplo lo acontecido con las privatizaciones, política explícita de la dictadura (1976/1983) y del gobierno radical (1983/1989), particularmente durante la gestión de los ministros Juan V. Sourrouille y Rodolfo Terragno, y por supuesto de la gestión actual. Que se hayan materializado en la administración Menem tiene que ver con la capacidad de subordinar a la burocracia sindical y política, pero debe considerarse también que actuó sobre terreno ideológicamente abonado, y que agrega además las cuotas de represión sufridas en resistencias previas.

2.3. Pronóstico de ajuste

El pronóstico en torno de las políticas de gobierno seguirá estando signado por el ajuste y la reestructuración. La continuidad de los compromisos asumidos por el gobierno nacional con el FMI augura una perspectiva de ahondamiento de la regresividad, que se potencia por las previsibles consecuencias negativas para la Argentina derivadas del acuerdo suscrito entre el FMI y el gobierno de Brasil. Acuerdo éste demorado por Brasil, y que implica un importante encuadramiento de la política económica del Brasil en la lógica del ajuste y de la reestructuración a que hemos aludido. Debe pensarse que Brasil ha sido históricamente reacio a subordinarse a la estrategia de los organismos financieros internacionales, particularmente el FMI. Sin ninguna duda se puede anticipar el traslado del impacto regresivo de esas políticas a la Argentina.

Brasil representó el mercado de salida a la recesión sufrida por la Argentina ante la crisis devaluatoria de México a fines de 1994. Desde entonces, la producción local ha tenido destino privilegiado en Brasil: el 30% de las exportaciones argentinas, y más del 50% de las exportaciones industriales se colocan en el mercado

brasileño. El ajuste en Brasil retrae la capacidad de compra de producción externa, y aún de la producción generada en el propio Brasil. Con lo cual, es previsible la menor disposición brasileña a comprar productos externos, y se puede predecir que intentarán ganar mercados externos para colocar sus productos.

No sorprende entonces que ya existan problemas al ingreso de bienes mediante controles para-arancelarios o burocráticos, los que en rigor ocurren en ambos lados de la frontera y vienen alentando una guerra de declaraciones de los dos gobiernos para someterse a las cláusulas de salvaguarda contenidas en el Mercosur.

Si bien Brasil se compromete en su acuerdo con el FMI a no devaluar, resta ver la respuesta de un movimiento popular que no aparece disciplinado en la estrategia gubernamental, y que está representado políticamente en el ámbito de algunos gobernadores de estados federales y en ámbitos legislativos. Esa resistencia puede obstaculizar el ajuste comprometido, y llevar a la economía brasileña por el camino de la devaluación. En todas las hipótesis se verán dificultadas las posibilidades de colocar la producción argentina en dicho mercado.

En otro sentido, los capitales más concentrados empujarán a los gobiernos a profundizar la línea de reformas estructurales. La UNCTAD acaba de publicar un informe que da cuenta sobre los criterios de las CTN para orientar sus inversiones, y sus principales conclusiones apuntan a países que faciliten la libre movilidad de capitales, aseguren una contratación flexible de la fuerza de trabajo, y favorezcan la innovación tecnológica vía la libre importación de bienes de capital. No hay duda de que la lógica empresarial y mercantil de la política económica en la Argentina inducirá políticas amigables con las demandas de los capitales externos. Se consolida así el carácter dependiente del ingreso de capitales externos de la economía local, y la transferencia de recursos desde los sectores más postergados hacia los más concentrados.

3. Crisis y valorización del capital

En la prensa cotidiana y en los ámbitos especializados se celebra la salida de la “última” crisis, iniciada a mediados del '97. Pero ¿quién asegura que se salió del ciclo de esta crisis? Existen muchos imponderables para saberlo, entre otros, comprobar que será suficiente el fondo de 190.000 millones de dólares destinados por el Estado japonés principalmente para sostener a su sistema financiero, o que los 41.500 millones otorgados al Brasil y resultantes del acuerdo entre el gobierno brasileño y el FMI saquen al gigante del Mercosur de la zona de tormenta, o que el efecto de la reducción de las tasas de interés en EEUU recree el incentivo de inversión en los mercados de capitales, particularmente de los países emergentes.

De lo que casi nadie habla es de la imprevisible respuesta de los pueblos. En el caso asiático deben computarse las revueltas en Indonesia, las más visibles de otras resistencias que pueblan la región. En Brasil, si bien Fernando H. Cardoso ganó su reelección, la oposición triunfó en gobernaciones de importancia y sumó legisladores. Son posiciones institucionales que se articulan con una resistencia impulsada por el movimiento popular, y que pueden esterilizar la “ayuda” financiera internacional.

Resulta clave incorporar la impronta de la respuesta popular para entender el ciclo de crisis y el efecto de las políticas anticrisis. Se trata siempre de una ecuación que expresa relaciones sociales contradictorias. La salida de la crisis vista desde el ángulo del capital significa la recreación del interrumpido proceso de valorización del capital. ¿Por qué se interrumpe la valorización? Responder el interrogante implica repasar el funcionamiento del proceso de valorización y ubicarlo en tiempo histórico.

3.1. La creación de valor

Entendemos a la valorización como resultante del fenómeno social cada vez más extendido universalmente de explotación de la fuerza de trabajo. Este es el rasgo distintivo de la llamada “globalización”, anticipada hace 150 años en el Manifiesto Comunista redactado por Carlos Marx y Federico Engels, y estudiada por Lenin a comienzos de siglo bajo la categoría del Imperialismo.

El fenómeno de expansión internacional del capital va sufriendo mutaciones e incorpora especificidades de cada tiempo histórico, pero mantiene esencialidades contenidas en *El Capital*. La expansión internacional es la forma de superar los límites de los mercados locales. La necesidad de valorizar los capitales disponibles impulsa la búsqueda y creación de nuevos mercados, y en ese papel el desarrollo de instrumentos monetarios y financieros ha servido de apoyo para apuntalar los nuevos negocios.

En sus estudios sobre la acumulación originaria del capital Marx señala el papel jugado por la deuda pública, con lo que estaríamos señalando un instrumento de política económica muy antiguo, utilizado en jugar a futuro las condiciones de funcionamiento de la economía. El tema que ha sido muy estudiado en nuestro siglo, desde el clásico “multiplicador” hasta las teorizaciones merecedoras de algunos Nobel en torno de los mercados especulativos y las operaciones a término en conexión con las teorías del juego y la ley de los grandes números.

En el Boletín Informativo Techint 295, Roberto Rocca señala que en un artículo de Mario Sarcinelli de la Banca d’Italia “se menciona que entre mediados de los años ‘70 y ‘90 la exportación de Bienes y Servicios pasó del 12% al 17% del PBI mundial, con un multiplicador de entre 2 y 3; el flujo mundial de Inversión Extranjera Directa pasó de 28.000 millones de dólares a 318.000 millones, con un multiplicador mayor a 10; en el mismo período el intercambio diario en los Mercados de Cambios pasó de 15.000 millones de dólares a 1,3 billones, con un multiplicador de casi 90.” Al mismo tiempo, destaca la enorme diferencia existente entre la gigantesca evolución de los Derivados Financieros por un lado y la lenta evolución del PBI Mundial y el Comercio Mundial. Son todos datos que dan cuenta de la preeminencia de la forma dinero del ciclo del capital.

A fines del siglo XX es un hecho la constatación de la expansión capitalista. La salarización de la población se extiende a escala mundial, al punto que la OIT reconoce la existencia de 1.000 millones de desocupados, es decir, un tercio de la población económicamente activa estimada en 3.000 millones de personas. Las cifras son elocuentes, y significan a la vez una nueva categorización de los trabajadores, los que no se restringen a quiénes se desempeñan bajo la clásica relación laboral construida en el capitalismo por 200 años.

La creación de valor reconoce su fuente en el proceso social del trabajo, que hoy subsume todas las formas a las relaciones capitalistas. El mercado mundial, capitalista, define a todas las formas del trabajo que a él se subordinan como formas capitalistas de explotación. El fenómeno del desempleo es parte de la forma que asume la explotación de la fuerza social del trabajo en la actualidad, y esa fuerza de trabajo es más que un ejército de reserva y constituye una nueva problemática para abordar. A ello debe adicionarse el análisis de todas las formas precarias que asume el trabajo: trabajo en negro, trabajo informal, cuentapropismo o trabajo autónomo, e incluso ciertas formas consideradas microemprendimientos, que imponen la sobreexplotación del trabajador y su familia.

En un breve recorrido histórico pueden señalarse distintas formas de subordinación del trabajo al capital, desde los esfuerzos por encuadrar a los trabajadores en el territorio propiedad del capitalista, principalmente la fábrica, hasta los intentos por arrancar a los trabajadores el saber de oficio o profesional mediante la maquinización, y las formas de gestión mediadas en términos históricos por capataces y supervisores, gerentes y managers. Hace rato que ese trayecto comenzó a ser deconstruido. Ubicamos su inicio con la respuesta capitalista a la crisis de los ‘70 y es este itinerario el que define las formas actuales de la valorización del capital, es decir, la reconversión capitalista y la crisis, donde muchas categorías de análisis deben renovarse para una comprensión actual del proceso de explotación.

3.2. La ruta de la conflictividad

Es sabido que a fines de los años '60 y comienzos de los '70 se produjo una disminución de la tasa de ganancia (t.g.), que es la expresión porcentual de la relación entre las ganancias y los capitales invertidos, o en términos de Marx, el cociente entre la plusvalía (pl.) y la suma del capital constante (c) y variable (v), (t.g. = $pl./c+v$). Las razones de esa disminución deben ubicarse en la organización del poder de los trabajadores para obstaculizar el proceso de explotación que se mide como tasa de plusvalía (t.pl.), y que expresa el cociente entre la plusvalía (pl.) en relación con el capital variable invertido (v), (t.pl. = pl/v).

La resistencia impulsada por el poder de los trabajadores se dirigía a modificar el reparto de la Renta Nacional, esencialmente salarios y ganancias, y en consecuencia generaba una transferencia de ganancias vía salarios directos o como impuestos, que sostenían el gasto social del Estado. Para valorizar el capital inicial invertido se requería una mayor inversión en capital variable y salarios, y una merma en la apropiación de las ganancias tanto para el consumo del capitalista como para la acumulación, ya que una parte de la plusvalía apropiada se canalizaba en impuestos, los cuales, a la vez que restaban ingresos de los capitalistas, se revertían como mejora del ingreso de los trabajadores a través de la educación o la salud pública, entre otros gastos sociales.

Debe destacarse que esa resistencia es parte de un proceso histórico que recorre la experiencia histórica del movimiento de los trabajadores en sindicatos, partidos u otras organizaciones sociales de corte reivindicativo, y su articulación con otros movimientos populares derivados de la complejidad actual del desarrollo social, y que extiende la lucha desde la esencia de una manifestación de clase propietaria de los medios de producción y la clase obrera a una más extendida del capitalismo contra el pueblo. Parte de esa experiencia incluye las formas de gobierno resultantes. Estamos aludiendo tanto a los países socialistas como a correlaciones de fuerza favorable a los trabajadores dentro de gobiernos en países capitalistas.

¿Cuánta ganancia restó el desafío de décadas a la exclusividad de mercados capitalistas? Interrogante válido, más allá del debate en torno al carácter socialista de los procesos políticos desarrollados en el este europeo, o en los países aún asumidos como socialistas. En un artículo titulado "China, un factor perturbador de los mercados de bienes básicos" publicado en el Suplemento Económico de La Nación (23/11/98) se destaca que "Los burócratas económicos pekineses, al favorecer el control y desdeñar las reformas, conducen la producción de decenas de bienes básicos como el algodón en beneficio de China, pero muchas veces con resultados desastrosos para los mercados mundiales de bienes básicos." Es que más allá del algodón, el artículo refiere al cobre, zinc, bismuto, el plomo, el estaño y el aluminio entre otros insumos, destacándose cómo tal situación afecta los precios en el mercado mundial. La nota señala que "Desde los años '80, cuando los misteriosos planes de producción y exportación de la Unión Soviética provocaban altibajos drásticos en los mercados, un país no ha influido tan profundamente en los mercados."

El solo intento de organizar económicamente la sociedad bajo otras formas generó obstáculos al proceso de acumulación capitalista, es decir, de valorización. Por eso, más allá de la calificación a realizar en torno de los países socialistas, las representaciones políticas del capitalismo utilizaron desde la invasión directa, el bloqueo, la desestabilización, la guerra fría o caliente, hasta múltiples formas para obstaculizar su normal desarrollo e impedir su consolidación. Claro que a ello deben sumarse límites propios de esos procesos históricos, los que no invalidan el accionar principal del capital para desmalezar un territorio que le impedía, y aún le impide según la cita anterior, expandir sus mercados y en consecuencia sus ganancias.

Recomponer la tasa de ganancia requería entonces modificar la hegemonía de la ofensiva en la conflictividad. Debía transferirse el poder acumulado en el campo del trabajo al terreno del capital. Era entonces un ataque en línea a los trabajadores y sus salarios, al gasto estatal en tanto restaba los ingresos patronales, y a formas de gobierno que limitaban la acumulación. Ya no alcanzaba con la respuesta keynesiana experimentada por medio siglo, con la cual el capitalismo había enfrentado el poder de la revolución rusa y contenido el reclamo de la resistencia obrera. Se imponía para el capital el establecimiento de un nuevo orden, diferenciado del que sugería el poder de los trabajadores y los pueblos, acrecentado entre los años 1968 y 1975.

4. Las claves del futuro

La extensión de las nuevas formas que asume la explotación capitalista se produce en el mismo momento en que éstas parecen encontrar su límite con la crisis. Desde el mismo campo del capitalismo surgen voces llamando la atención sobre el nuevo orden construido por el capitalismo. George Soros se interroga, en un artículo de la Revista Atlantic Monthly de Febrero de 1997 titulado “La Amenaza Capitalista” (The Capitalist Threat), sobre qué tipo de sociedad esperamos, y señala que la respuesta más escuchada demanda “dejar que el mercado libre decida”, para concluir que ese camino es la principal amenaza del capitalismo. Hace pocos días, el mismo personaje, diferenciaba sus dichos como analista de sus operaciones económicas, las que lo han posicionado como uno de los principales nuevos dueños de la Argentina, particularmente en la tenencia de tierras y los negocios inmobiliarios. Desde otro ángulo, alguien que tuvo que ver con el ciclo de dictaduras militares en América Latina y contribuyera a sentar las bases políticas de la transformación económica operada en la región, Henry Kissinger (Clarín 4/10/98), llama la atención sobre el momento actual diciendo que “así como el temerario capitalismo del laissez faire del siglo XIX generó el marxismo, así también la globalización indiscriminada de los ‘90 puede generar un ataque mundial contra el concepto mismo de mercados financieros libres.” En una crítica de la vieja institucionalidad de la economía mundial manifiesta que “La incapacidad del FMI para operar allí donde convergen la política y la economía quedó demostrada con su inexperiencia en Rusia”. El propio Banco Mundial se anota con las críticas y propone atender crediticiamente la problemática social, olvidando mencionar que ésta es producto de la arquitectura por ellos sugerida en años previos.

Tan visible es el salvajismo de las nuevas formas de explotación, que sus mismos cultores proponen una “tercera vía”, obviamente entre la vieja receta sostenida por la izquierda y las concepciones neoliberales. ¿Es posible el neokeynesianismo? ¿Existe lugar para políticas reformistas en el capitalismo de fines de siglo? Es difícil responder a priori, pero no queda claro cuáles serán las razones del capital para redistribuir voluntariamente parte de la renta nacional de la que hoy se apropia. El reformismo capitalista de los ‘30 a los ‘80 fue la respuesta a la emergencia del socialismo como forma de gobierno y al poder de los trabajadores y los pueblos. No hay concesión del capital, entonces, fuera de la lucha de clases.

Además, la propia expresión “tercera vía”, popularizada por el premier británico Tony Blair, responde a la adecuación de una concepción sostenida en “Más allá de la izquierda y la derecha” (1994) por su principal asesor Anthony Giddens, pero en relación a la crisis derivada de la caída del socialismo. Reflexiona Giddens: “Si el socialismo del sistema de bienestar se ha vuelto conservador y el comunismo ha dejado de existir, ¿podría hablarse aún de una ‘tercera vía’, el ‘socialismo de mercado’? Desde luego, muchos de los disidentes de Europa del Este que ayudaron a acabar con el sistema comunista mantenían esa opinión; no querían sustituir el comunismo por el capitalismo”. Concluirá que “existen buenas razones para afirmar que el socialismo de mercado no es una posibilidad realista”. Con esa conclusión es que ahora se plantea una adaptación de la concepción tercerista, pero no para mercantilizar el socialismo, sino para humanizar el capitalismo. Existen también razones para considerar esa aspiración como una quimera y parafraseando al sociólogo inglés podríamos decir que la “tercera vía” en versión para el capitalismo “no es una posibilidad realista”.

4.1 ¿Qué futuro? ¿Qué lógica?

Nadie está en condiciones de anticipar el futuro de la economía. La imprevisible respuesta de los sujetos lo imposibilita. Veamos si no los augurios de fin de la historia y de las ideologías planteados a principios de los ‘90 y la distancia que separa esos pronósticos a pocos años del cambio de siglo. La tesis que sustentamos es que el

futuro se define en el presente, en la lucha social y política. La lógica del ajuste permanente, y la reconversión que sugiere el capital, definen un tipo de futuro, con las secuelas de concentración y centralización sin fin del capital y al mismo tiempo la miserabilización creciente de vastos sectores de la población mundial. Datos para abonar dicha tesis sobran.

¿Es posible pensar y actuar en términos alternativos? Existen ejemplos en ese sentido que pueden darnos una pauta. No para la copia. Sí para la inspiración. Independientemente del curso que siguieron o puedan seguir, hay evidencias de fenómenos políticos y sociales que condicionan el curso de la economía local y/o mundial. Uno de esos casos remite al levantamiento aborigen en Chiapas. Fue sin duda uno de los acontecimientos que contribuyó al entorpecimiento en los planes de Salinas de Gortari y la burguesía dominante en México, quienes imaginaban una incorporación sin sobresaltos al comercio trilateral con EEUU y Canadá, terminando la fiesta en la devaluación de diciembre de 1994 y la borrachera del efecto “tequila”, la cual indujo una fuerte recesión en América Latina que abarcó el año ‘95 y una parte del ‘96. Otro ejemplo que nos puede agregar experiencia es el generado por el Movimiento Sin Tierra de Brasil, que junto con la apropiación de tierras para la producción y la supervivencia de las familias de los asentados, va constituyendo una nueva organicidad, y abarca desde cooperativas que actúan en lo económico hasta escuelas y puestos sanitarios, trascendiendo el objetivo inicial vinculado a la tenencia de tierra para la satisfacción de necesidades básicas.

Sin duda que son experiencias con importante visibilidad, representativas de muchas otras no tan visibles, también existentes entre nosotros bajo formas cooperativas, mutualistas, autogestionarias y/o de redes solidarias, tales como los clubes de compras o del “trueque”. Son fenómenos de organización social que expresan la búsqueda de un presente diferenciado, que implica construir un futuro con otra lógica, la de la satisfacción de las necesidades por encima de la rentabilidad, que constituye la lógica del capital. Claro que no alcanza con experiencias inarticuladas: se requiere una masividad de experiencias en otra lógica, y su articulación en un proyecto que instale otra cultura social de la organización de la economía. Ello es una tarea social y política, y no de especialistas en economía.

Se trata entonces de una historia abierta, en la cual las manifestaciones de la crisis pueden continuar, como caída de las bolsas y desplomes de bancos. Siempre resurgirán fenómenos de concentración como forma de relanzar el proceso de valorización cuando se imponga la lógica del capital. El camino alternativo sólo puede construirse desde la lucha por reivindicaciones que se articulen en un proyecto político para reestructurar el orden existente y con otra lógica, tal como venimos sosteniendo.

Pensar en propuestas alternativas requiere recuperar la capacidad de acción política de los pueblos. Ello posibilita viabilizar un conjunto de reivindicaciones, tales como reducir la jornada laboral sin afectar el ingreso de los trabajadores, mejorar los salarios, pensiones y jubilaciones, combatir el desempleo, y afectar recursos fiscales en cantidades suficientes a quienes se encuentren en esa situación. Proponer privilegiar el desarrollo del mercado interno con eje en un proyecto productivo y de estímulo al desarrollo tecno-científico local con la asistencia financiera necesaria, o la integración económica en función de necesidades populares y principalmente orientadas hacia América Latina.

Pero el problema no pasa solamente por el diagnóstico que hacemos en torno del origen y desarrollo de la crisis en el capitalismo, y particularmente en la Argentina. El tema en discusión son las posibilidades de actuar sobre la crisis, y en ese sentido, sólo parece haber iniciativa para lanzar hacia adelante el proceso de acumulación a cualquier costo. De ello dan cuenta los 1.000 millones de desocupados que reconoce la OIT a escala mundial, o el piso en torno del 13% del desempleo local, con tendencias crecientes en el nivel de subempleo y precariedad laboral. Más grave aún resulta la indefensión social, cuando las burocracias políticas, sindicales e intelectuales, privilegiando su supervivencia, subordinan cualquier estrategia de cambios progresivos al manual del pensamiento hegemónico.

¿Se puede ir más allá? Es éste un problema que se resuelve en el plano de la política, y sobre todo en la capacidad que puedan tener los actores sociales subordinados por restablecer solidaridades perdidas y articular un proyecto político alternativo de contenido popular, que pueda contactar con fenómenos similares en los

países vecinos e intente fundar una nueva materialidad de la vida cotidiana para instalar otra agenda de discusión y pensar otras soluciones para otros beneficiarios. Hablamos de privilegiar la satisfacción de necesidades mayoritarias en contraposición al privilegio actual por satisfacer las demandas de riqueza, ganancia y poder de los capitales más concentrados. De no ser así, el ciclo continuará con más crisis y mayor concentración, es decir, con más ajuste y mayor regresividad de una reestructuración que sólo tiene límite en la resistencia social y política.

Nota

* Profesor Titular por concurso de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario. Director del Instituto de la Cooperación, Fundación de Educación, Investigación y Asistencia Técnica. Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas. Director del Centro de Estudios de la Federación Judicial Argentina y miembro del Consejo de Dirección del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos.